

Entre los senadores tan bien dispuestos en apariencia á favor de César, había ciertamente algunos que contaban con la espada de un bárbaro que los desembarazara de su temible adversario. Pompeyo, sin ningún mal deseo, estimaba que César, alejado de Roma durante cinco años, le dejaría los beneficios más claros de su asociación: la influencia preponderante en Roma, y el papel de supremo moderador que bastaba á quien tenía más bien la vanidad que la ambición del poder: César calculaba de otro modo: dos ejemplos contrarios, el triste fin de los Gracos y el triunfo de Sila, advertían que no se podía hacer nada sin un ejército. Para tener un ejército, se necesitaba una provincia, una guerra afortunada, botín. Ahora bien, la Galia era rica, era temida y estaba á las puertas de Italia. Desde Roma casi se veía y oíría aquella guerra contra la odiosa raza, cuyo nombre recordaba el Capitolio rescatado á precio de oro, y los gritos de las victorias resonarían en Roma como á dos pasos del campo de batalla. Juzgaba que después de haber adquirido tanta ó más gloria militar que Mario, Sila y Pompeyo, sabría servirse mejor de ella para dar, en fin, á la república la organización que buscaba hacia un siglo á través de las guerras civiles y las proscripciones. ¿Había en estas ideas más ambición que patriotismo? Muchos son los que no ven más que el primer móvil en la conducta de César; nosotros creemos firmemente todo lo contrario.

III. - CLODIO. - DESTIERRO DE CICERÓN (58)

Antes de alejarse hizo dar César el consulado del año 58 á Pisón, su suegro, y á Gabinio, amigo de Pompeyo, con los ricos gobiernos de Macedonia y de Siria para el año proconsular. Había arreglado la lista de los cónsules que debían sucederles, y durante su ausencia, velar con sus dos asociados por el sostenimiento de las leyes Julias. En fin, puesto Pompeyo á la cabeza de la comisión de la ley agraria, quedaba en Roma con una autoridad indecisa, que debía parecer temible á los adversarios del triunvirato.

En la consternada aristocracia no había más que dos hombres que dieran alguna inquietud. Catón era molesto, porque la multitud amaba en él las rudas virtudes que ella no tenía y las reivindicaciones de una libertad de que ella tampoco se cuidaba ya. Era en Roma aun más popular que Pompeyo, casi tanto como César, sino que su popularidad inspiraba más bien curiosidad que confianza. Su traje, su habla su vida eran un espectáculo que agradaba, como una imagen de los antiguos tiempos, sin que nadie pensara en imitarlo. No había que temer que semejante hombre arrastrara nunca al pueblo á ninguna violencia contra los poderosos del día. Sin embargo, su oposición era fatigosa, y se resolvió apartarlo.

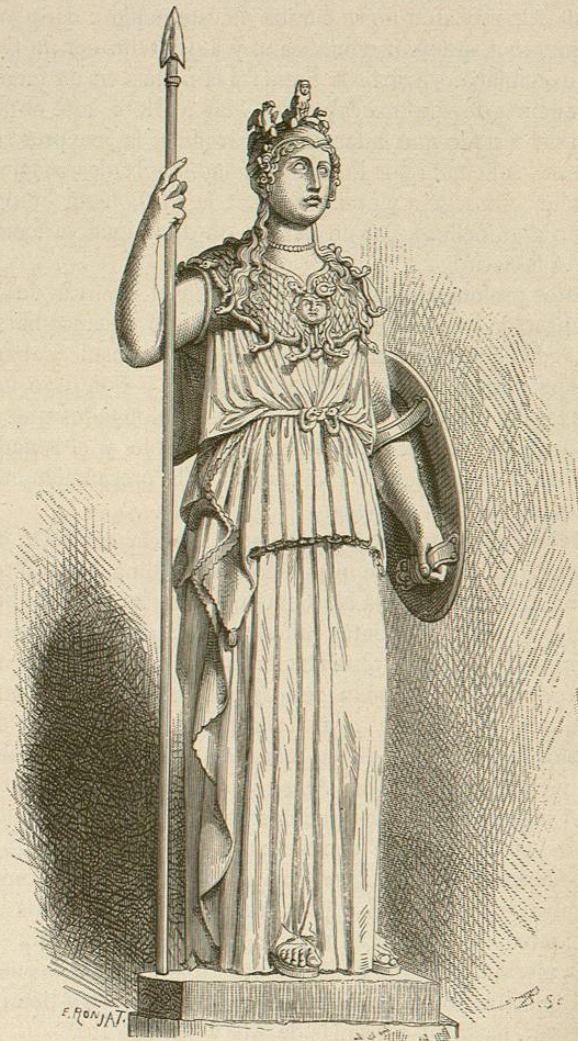
Cicerón era más peligroso, porque viviendo más que Catón en el tiempo presente, que conocía mejor, exigía menos y tenía probabilidades de obtener más. Su elocuencia también podía arrastrar resultados imprevistos, y al volver á Roma acababa de romper resueltamente con los triunviros. «Si no se me empuja demasiado, había dicho, yo sabré hacer frente á los opresores.»

Por otra parte, Clodio lo reclamaba como una víctima que le fuera debida y César contaba con Clodio para tener á raya, durante su ausencia, á Pompeyo y al senado.

La ley exigía cuarenta y tres años, lo menos, para obtener el consulado; por el tribunado se llegaba mucho más pronto á un papel influyente: Clodio había querido ser tribuno. Pero era patricio; con todo eso, la adopción por un hombre del otro orden, le quitaría su nobleza. Clodio no vaciló y presentó como padre adoptivo á un oscuro plebeyo,

más joven que él. Ni Pompeyo, ni César mismo se habían cuidado al principio de apoyar á este turbulento ambicioso, mayormente cuando no estaban seguros de manejarlo á su gusto como á Vatinius. Pero en una causa intentada contra C. Antonio, había cometido Cicerón la ligereza de hablar desfavorablemente de los triunviros. El mismo día se decidió la adopción y Pompeyo hizo en ella de augur (1).

Cicerón tuvo miedo y partió á su quinta esperando emendar con su silencio la ligereza de sus palabras: esta táctica fué eficaz, y los triunviros le hicieron nuevas promesas.



La Minerva del collar (2)

Entre todos los medios de llegar á un fin, César elegía siempre el que se adaptaba mejor con la dulzura de su carácter. Queriendo alejar de Roma á Cicerón ó ligarlo á su causa, hubo de ofrecerle sucesivamente una legación libre, una de las veinte plazas de comisario para la ejecución de la ley agraria y por último el título de lugarteniente suyo en el ejército de las Galias. Después de vacilar mucho tiempo, Cicerón lo rehusó todo. Entonces César, bien á su pesar, lo abandonó al resentimiento del vengativo Clodio.

El 10 de diciembre del 59, aquel heredero de los Apios se sentó en el banco de los magistrados plebeyos. Según el

(1) Cic. *ad Att.* VIII, 3. Pompeyo era desgraciado en la elección de sus amigos. Así, levantó á Clodio que le hizo tanto daño, como había ayudado á la fortuna de César, *quem in rempublicam aluit, auxilium armavit.*

(2) Estatua del Museo del Louvre (Clarac, *Descript. des Antiq.* número 522). Los collares son muy raros en los antiguos monumentos de la escultura, y este ejemplo es acaso único entre las estatuas de grande estilo. Fidias puso un collar á su Minerva, llamada la *Bella*, de que pudiera ser una imitación la nuestra.

uso, el tesoro público hizo los gastos de la popularidad del nuevo tribuno; una ley frumentaria suprimió el módico precio pagado por los pobres para el trigo que suministraban los graneros públicos. Una segunda ley prohibió á todo magistrado suspender los comicios so pretexto de observar el cielo, á fin de que nadie tuviera la tentación de renovar la extraña proposición de Bibulo. La tercera ley restablecía las antiguas corporaciones, que el senado había recientemente abrogado, y de la cual esperaba el nuevo tribuno hacerse un instrumento. En fin, disminuyó los derechos de la censura, que con tanta frecuencia había sido un arma de guerra en manos de la aristocracia. Para borrar un nombre de la lista del senado y del orden ecuestre, fué menester en adelante una acusación formal, un procedimiento, la defensa de los acusados presentada en persona ó por abogado y la conformidad de los dos censores para pronunciar la condenación. Era sustituir una sentencia sin debate contradictorio con un proceso de formas regulares, y puesto que el espíritu de partido había reemplazado en el senado el espíritu de gobierno, la ley era buena. Recuérdese que los principales cómplices de Catilina eran senadores y caballeros degradados por los censores: posible es que muchos fueran impelidos á la oposición y de aquí á la conjuración por una degradación inicua.

Todos estos preliminares sólo tenían un objeto: hacer al tribuno dueño del campo de batalla, donde iba á ventilarse la verdadera cuestión, ó sea el destierro de los jefes del partido aristocrático.

Clodio comenzó por Cicerón y propuso esta ley: «Se negará el agua y el fuego á todo el que hubiese hecho morir á un ciudadano sin forma de juicio.» Cicerón estaba escudado por un senadoconsulto, y entregando á Léntulo á los verdugos, no había hecho más que cumplir una orden del senado. Pero en aquellos tristes tiempos, las leyes no tenían más fuerza que la que prestaban al hombre ó al partido, cuya hechura eran. Ni siquiera pensó Cicerón en producir este decreto en su defensa: vistióse de luto y fué á implorar la

asistencia de los triunviros y de los cónsules. Muchos caballeros y senadores suplicaron también al pueblo que conservara al que él mismo había nombrado Padre de la patria.

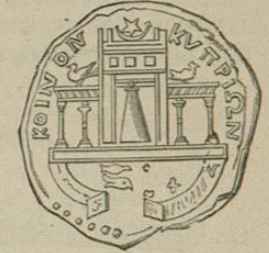
Todo fué en vano. Antes de la votación, salió de la ciudad el orador famoso, esperando desarmar á sus enemigos con este destierro voluntario y prevenir la condenación; pero el día siguiente, hizo Clodio dar la sentencia: Cicerón no debía acercarse á Roma en cuatrocientas millas á la redonda (abril 58).

En el momento de su partida, hizo llevar al Capitolio su más bella estatua de Minerva y la consagró al templo de

Júpiter con esta inscripción: «A Minerva, guardiana de la ciudad, *φυλακίδα.*» ¿Era un resto de devoción que le acudía en la desgracia, ó más bien una inofensiva venganza para recordar á los romanos que la diosa de la sabiduría le había inspirado la resolución que ahora condenaban y que los salvó cinco años antes? El primer motivo es el que da el mismo interesado; pero su constante preocupación de sí mismo y del famoso consulado hace creer que sea el segundo.

Cicerón era víctima del golpe de Estado que diera el senado en el 63 y la ley que lo hería tenía ese carácter retroactivo que reprueba la política honrada, pero que no siempre desagradaba á las facciones. El segundo de los Gracos había dado ejemplo de ello, y comenzó la era de las revoluciones. Pompeyo imitará á Clodio y su ley será una de las causas de la guerra civil.

Catón no daba pie para ninguna acusación; pero Clodio hizo que el pueblo le ordenara ir á Chipre á reducirla á provincia romana y á traer los tesoros del rey de aquella isla. A fin de prolongar su destierro añadió á esta misión la de ir al fondo de la Tracia á restablecer á los desterrados de Bizancio. Catón obedeció; César podía ya partir.



Moneda de Chipre (1)

CAPITULO LIII

LA GALIA ANTES DE CÉSAR

I. - PUEBLOS PRIMITIVOS.

El hombre de todos los tiempos se pregunta de dónde viene y adónde va. La filosofía y la religión se encargan de contestar á la segunda pregunta: la historia procura aclarar la primera disipando las sombras que envuelven los orígenes. Ya que la continuación de nuestro relato nos lleva á la vieja Galia, detengámonos un momento á estudiar los pueblos que comenzaron su civilización. Lo hemos hecho así con Italia: perdonémosnos que lo hagamos también con Francia.

En las edades geológicas la Galia tuvo todos los climas fríos y tórridos, y también todas las faunas. El gigantesco mastodonte, el alce de vasta cornamenta, el renjifero y el grande oso de las cavernas la habitaban, cuando los ventisqueros de los Alpes, pasando por encima del Jura, llegaban al Ródano y los de los Pirineos descendían bien lejos á los valles inferiores. El elefante, el rinoceronte, el mono, el león, han vivido allí, cuando la Galia tenía el clima africano.

Pero hace cinco ó seis mil años, en el tiempo en que Babilonia edificaba sus templos y Egipto sus pirámides, la Galia tenía ya un clima templado, que aun conserva, y estaba cubierta de poderosa vegetación. De las altas regiones de las montañas descendía el sombrío ejército de los pinos; en las vertientes y en los valles, la encina, el olmo, el haya, el arce y el abedul, en los llanos húmedos el sauce, en los sombríos, el boj gigantesco y el tejo de venenoso jugo se disputaban el espacio. El suelo granítico de la Auvernia estaba cubierto de alisos y las colinas del Lemosin, de castaños.

A la sombra de estos grandes bosques andaban errantes, el toro bravo, que no existe ya sino en un bosque de la Lituania, é innumerables pjaras de jabalíes, que se alimentaban con el fruto de los mismos. A orillas de los ríos desbordados, más poderosos entonces que ahora, el castor

(1) KOINON KYPIQON (la asamblea de los cipriotas). El templo de Venus en Pafos con su simulacro (la piedra cónica) y las palomas de la diosa. Moneda de Chipre.